

## Piedad de mí

Había decidido comprar esa misma tarde el suéter o *cárdigan* de alpaca, o de baby alpaca que quería. Sentía que era la lana precisa para pasar el invierno, y tal vez la única que mi cuerpo tolera. Las telas artificiales me liquidan; no soporto la corriente estática que producen. De sólo pensar en sacármelas y tocar luego algo o a alguien, para enseguida sentir la descarga eléctrica que sobreviene, me liquida, me desespera. Se entiende que la decisión de comprar un suéter así no fue impulsiva, sino más bien respondía a una obligación elemental conmigo mismo.

Sufro el frío y mucho. Me resulta intolerable y lo sufro desde que tengo memoria; más que la mayoría de las personas. Sólo tengo dos formas de evitarlo: estar abrigado, pegado a la calefacción, o haciendo ejercicio físico. Preferiría salir a trotar o a pedalear, pero es algo que me resulta impracticable, al menos de lunes a viernes. Mis tareas cotidianas, que consisten en cuidar a mi mamá, mantener la casa ordenada e ir al trabajo lo impiden. Voy a la universidad y al hospital siempre de peatón, en metro, y por eso me defino como *metronauta*. Esto me permite leer y entrar en calor, y esa combinación de libros y caminata da al ánimo una sensación de bienestar indefinible, una especie de calma, ideal para comenzar la jornada.

Bueno, la cosa es que partí en busca de la tienda que los trae. Se trata de un negocio elegante y sumamente exclusivo, que trae del Perú a nuestra angosta faja ropa hecha con ese material. En mis pensamientos resultaba algo sencillo, pues me parecía recordar que había un local en uno de los centros comerciales del barrio.

Tenía la tarde desocupada, y como no me gusta andar con paquetes, fui en auto. Partí al que me quedaba más cerca, y al no encontrarlo, me fui al segundo. La dichosa tienda tampoco estaba allí. Luego, con navegador y todo, me fui al de Vitacura. Craso error, pues ahí tampoco era. Solución: llamar por teléfono desde el estacionamiento y preguntar la dirección exacta. Ahí sí que sí. La vendedora me la dio y me explicó cómo llegar. Aliviado recorrí las cuatro o cinco cuadras que faltaban. Nada que hacer. Así como uno comparte con no sabe quién en el transporte público, también debe saber compartir con otro de quien tampoco sabe nada, aunque de la *high society*. Debemos practicar la equidad democrática y no vacilar en alternar con todo el mundo.

Al llegar estacioné a la puerta del local -que era una casa transformada en tienda- en el que se vendía las prendas deseadas. Una vez abajo del auto y mirando a través de los cristales, toqué el timbre, esperando ilusionado que me abrieran. Nadie respondía. Tampoco se veía a alguien dentro. En el intertanto había llegado otra persona, una señora que se puso a esperar a mi lado. Insistí con el teléfono, que sonaba frente a nuestras narices, y por lo tanto se oía desde donde estábamos. Al darse cuenta, ella preguntó ¿usted. llama? Sí, respondí, sonriendo. La miré a la cara con interés, aunque antes ya la había observado, disimuladamente, y me había parecido buenamoza. Había calculado a vuelo de pájaro que tendría por lo menos unos diez años menos que yo, y todo esto con el rabillo del ojo derecho mientras miraba al interior de la tienda.

Llegó la vendedora y nos hizo pasar. Naturalmente dejé entrar a la señora antes y le pedí -después que preguntó quién había llegado primero- que por favor la

atendiera a ella. Bueno, comenzó a atendernos a los dos simultáneamente. Le explicó a la vendedora que necesitaba una prenda, pero no sabía bien cuál. Necesitaba un regalo para un doctor. Se trataba de una persona de tez morena, explicaba y dejaba entrever que estaba muy agradecida del galeno. La vendedora le sugirió entonces una bufanda, beige, preciosa en realidad. Mientras ella miraba la prenda, mis pensamientos quedaron atrapados en su actuar. Ese gesto suyo -no sé bien porqué- me pareció serenamente hermoso. Tal vez fue por la delicadeza de ella misma y de su actitud. Mientras, yo continuaba probándome prendas y más prendas, de distintos colores y hechuras, e insistíéndole a la vendedora que necesitaba algo que me abrigara lo suficiente. Le pedía que buscara por favor una tela más gruesa, más densa. Le expliqué e insistí, por lo menos en dos oportunidades, que soy friolento, muy friolento; que necesitaba algo de verdad abrigador. Para peor, el modelo que había comprado dos o tres años antes y que me encantaba, ya no lo fabricaban, y los que me ofrecía no me daban en el gusto sino más bien, me producían desilusión. De repente la señora, que estaba de pie y dándome la espalda frente a la caja- terminando de comprar la bufanda- se dio vuelta, girando hacia donde yo estaba y mirándome a los ojos dijo: lo entiendo muy bien, una de mis hijas es friolenta y sufre lo mismo. Sentí algo dentro, un estremecimiento tal vez y no dije nada. No fui capaz. Mi corazón sonrió y en mi espíritu se movió repentinamente algo, alguna pieza que no funcionaba hacía mucho; meses, o tal vez más. Vi tan bella a esa mujer, que con su gesto, y palabras sencillas, había logrado penetrar mi alma y devolverme un trozo de humanidad que creía perdido para siempre.

Eliseo Benítez

Todo lo que vino después no importó nada. Sabía que, a pesar de haber oído nítidamente y recordado su nombre completo, pues hacía parte de la dirección de su correo electrónico al que le enviarían su boleta, además de ser el suyo el mismo nombre que el de una antigua amiga, lo que pesaba y valía en esos momentos era haber tenido la oportunidad de conocer, aunque brevemente, una mujer, haberme enamorado de ella y haberla perdido simultáneamente. También supe, y de un modo indescifrable, que aún era capaz -a pesar de todo- de vivir el misterio de la seducción.